

NÚM. IX

TIBERIO.

(42 ANTES DE JESUCRISTO. — 37 DESPUES DE JESUCRISTO.)

Cada época tiene su secreto, sus pasiones, sus crisis; sus contradicciones se resumen en una palabra, que es preciso descifrar como la palabra de un enigma. Pero no se requiere que haya de buscarse siempre muy alto; el secreto de una época no es siempre un símbolo mistagógico ó una abstracción filosófica: la buscamos con frecuencia en el cielo y la solemos tener debajo de los pies.

En los bancos de una escuela creo yo haber encontrado la clave de la época de Tiberio. Y ¿por qué no ha de ser así? ¿Dónde se forman los hombres? En la escuela sin duda alguna. ¿De dónde nacen las convicciones más firmes, las inclinaciones más fuertes, las preocupaciones más arraigadas? De la escuela. Veamos en qué consistía la educación romana. La moral pública en Roma consistía enteramente en el patriotismo; pero este no era como entre nosotros un sentimiento más ó menos indeterminado, un amor de una cosa muy mal definida, fecundo en palabras, estéril en hechos. El patriotismo antiguo decía: La República es Dios; Dios no os debe nada; vosotros se lo debéis todo, cuerpo y alma, vida y bienes; y los demás lo mismo. Aquello era hermoso y grande, pero absurdo; era la deificación de la sociedad, el sacrificio del individuo.

Esto en lo relativo á la moral: respecto de la inteligencia (hablamos de los buenos tiempos de la educación romana, no de la Roma helenizada que principia con los Escipiones), todos los hombres eran ocupados en todo. Las funciones públicas se dividían por grados, no por atribuciones como entre nosotros; el pretor administraba justicia en Roma, y fuera mandaba las tropas; el cuestor en lo civil era un intendente de provincia, en lo militar un proveedor general; el cónsul hacía la guerra, deliberaba en el Senado, ofrecía sacrificios y oraciones, y era al mismo tiempo general, orador, pontífice y hombre de Estado.

De aquí los cuatro grandes estudios de la educación romana, guerra, culto, derecho y elo-

cuencia. Estas son las verdaderas ciencias romanas. No había uno que no pronunciara un discurso en la milicia; que no fuese durante su vida acusado ó acusador; que no tuviese que ocupar algún cargo sacerdotal ó dar su parecer respecto á algún punto de derecho. Ciceron, aunque nació tarde y nos parece enteramente pacífico, fué general, abogado, hacendista, jurisconsulto, orador, poeta, filósofo, historiador y hombre de Estado. César fué todo esto y mucho más.

Esto, no obstante, las antiguas costumbres iban en decadencia. Aquellas cuatro ciencias, ó por mejor decir, aquellas cuatro funciones públicas (que tales las consideraban los Romanos) habían sido por espacio de mucho tiempo exclusivamente poseídas y celosamente guardadas por los patricios. Cuando en ellas tuvieron entrada todas las clases del pueblo, no pudieron cultivarse todas por todos, y por tanto quedaron divididas; uno tenía valor, y después de haber defendido una causa en el Foro, se dedicaba á la guerra; otro talento, y después de una campaña, se entregaba á la abogacía: el que no se contemplaba bastante fuerte para la vida de los campamentos ni para las contiendas del Foro, colocaba sobre su puerta un ramo de laurel, se sentaba en un sillón de brazos y esperaba que llegase alguno á consultarle. Si bien la educación seguía basada en aquellas cuatro ciencias, hubo entonces tres carreras distintas para la juventud; la milicia, la elocuencia y el derecho.

Pero como por una parte la gloria militar conducía á los primeros cargos políticos, y surgían de aquí ocasiones de hablar, de deliberar y de acusar y ser acusado, y por otra el derecho era casi solamente el refugio de los hombres de poca importancia y de alma débil, todos se ensayaban en hablar en público. En la Inglaterra del siglo pasado, en aquella vida de clubs, de hustings, de parlamentos, no había hombre, por pequeño que fuese, que no debiese una vez en su vida hacer de orador en su pue-

blo; todo se verificaba por medio de las arengas, de meetings, de acompañamientos, y por tanto se introdujo el speech en la conversacion. Lo mismo sucedía entre los Romanos, que eran muy semejantes á los Ingleses; tanto más cuanto que en vez del aire destemplado de Inglaterra, tenían el dulce clima de Italia, donde todo se trataba á campo raso, negocios públicos, negocios particulares, justicia, comercio, sociedad; en una palabra, vivían al aire libre. Es cierto que la lluvia hacía suspender los negocios, y que al primer rumor del trueno se aplazaba la cuestión para el primer día de buen tiempo.

Por lo demás, las asambleas del pueblo en Grecia y Roma, compuestas de tres mil, cuatro mil ó más personas, tumultuosas y desordenadas, que discutían poco y decían mal, no eran en realidad otra cosa más que un medio de publicidad. La plaza pública era al mismo tiempo parlamento, bolsa, sitio para conversar, tribunal y mercado. En Atenas era el Pnix cuando se reunían cinco mil hombres para escuchar con entusiasmo y decidirse con furor; y el Agora, paseo de los pedantes y charlatanes de Ática, oficina de novedades, centro de los adornados discursos, tribuna de los filósofos, meeting permanente, donde todos podían hablar al pueblo de sus negocios y de los propios, de su casa, de su industria y de su comercio; donde el pedestal de Demóstenes servía para los carteles; donde Diógenes arengaba con vehemencia; donde el misántropo Timón iba á decir, « ¡Atenienses! yo tengo una higuera, en la cual se han ahorcado cuatro ó cinco ciudadanos; si alguno quiere servirse de ella para el mismo objeto, puede darse prisa, porque pienso cortarla. » Todos aquellos nombres de liceo, pórtico y academia nos recuerdan que la filosofía, como todo lo demás, estaba al aire libre; en una palabra, vivían en la tribuna.

Lo mismo sucedía en Roma. En tiempo de los emperadores, los baños y las basílicas disputaban al Foro el privilegio de la publicidad; pero en la época de la República el Foro era la reunión casi universal de todos los intereses. En los días ordinarios se pronunciaban en él discursos familiares; en los días de mercado, cuando la necesidad llevaba á todo el pueblo, se trataba delante de este de los asuntos serios, tanto de los ciudadanos como del Estado; se adoptaba un hijo, se hacía testamento; en suma, el Foro hacía las veces de la conversacion, grande elemento de la vida del siglo pasado, y de los periódicos, grande elemento de la nuestra.

Este hábito de la vida pública, unido á la gravedad romana, producía cierta magnificencia en las costumbres, y un no sé qué de grande, de afectado, de oratorio en todos los usos. La arenga era propia para todos los negocios y para todos los momentos; la plática es el speech de los Ingleses. Se arengaba en la vida de familia, como en la vida política. Mientras Pompeyo se trasladaba de la nave al traidor Egipto, iba re-

pasando el discurso que había escrito para recitarsele á Tolomeo. Germánico al morir arenga á sus amigos: un orador, cansado de vivir, va al Foro, sube á la tribuna, y expone en tres puntos los motivos que tiene para morir; después vuelve á su casa, se abstiene de toda clase de alimento y muere. Antonio, atacado violentamente por Ciceron en el Senado, no se cree en disposición de contestarle en el momento, y se marcha al campo, se encierra con un maestro de retórica, estudia, declama por espacio de quince días, vuelve al Senado y fulmina su victoriosa improvisación. En Tácito, profundo escritor de los hechos contemporáneos, se lee que Séneca, á quien principiaban á disgustar las disposiciones poco amables de su imperial alumno Neron, se presentó á él y le hizo un speech con todas las reglas, pidiéndole licencia, y Neron le contestó como si hubiera estado en la cámara: « Si no temo contestar de repente á un discurso largo tiempo meditado, á ti te lo debo, etc. »

Un abogado entre nosotros es generalmente un hombre vulgar, el cual, agitando los pliegues de su antigua toga negra, profiriendo con voz ronca frases poco limadas y del mal sonido, y golpeando con las manos en el banco, no ofrece ciertamente nada de pomposo ni de teatral. Pero un abogado entre los Romanos era un magnífico artífice de palabras, que subiendo á su extensa tribuna, se paseaba de un lado á otro, se acomodaba hábilmente entre los pliegues de su blanca toga (un retórico del tiempo de los emperadores se lamentaba de que en su época se usasen mantos tan pequeños, en los cuales, dice, se halla empequeñecida la elocuencia), tomaba el la de un flautista para no principiar con tono de voz demasiado alto ni bajo; daba á su voz todas las estudiadas inflexiones de una declamación dramática, arreglaba sus ademanes, se esmeraba en las cadencias, y deleitaba al menos los oídos cuando no hablaba al corazón ni al entendimiento; disipaba con persuasiva dulzura las preocupaciones de su auditorio, exponía con claridad, narraba con brio, razonaba sin pedantería, hacía sofismas con elegancia, injuriaba de un modo poético; dedicaba con gracia á su adversario á los dioses infernales, maldecía, se airaba, se enfurecía con frases armoniosas; en la peroración lloraba con arreglo á la retórica, así como cuando se fatigaba ó se conmovía; porque es preciso no olvidar la facilidad con que se conmueven y la pasajera sensibilidad que abrigan las almas meridionales.

Tal era aquella vida de pompa y dignidad oficial, aquella vida oratoria para la cual se ejercitaban desde la infancia en el período ciceroniano. Todos recibían esta educación, plebeyos, patricios, futuros soldados y futuros jurisconsultos. Pitt á los diez años se subía en una mesa é improvisaba delante de su padre discursos parlamentarios; Augusto á los doce hacía el elogio de su abuela. Esto sucedía en tiempo de la República; la vida parlamentaria era el objeto y el elemento de todas aquellas elocuencias na-

cientes. En tiempo del Imperio no existió ya el objeto; pero quedaron las escuelas, y se continuó formando oradores sin saber para qué tribuna. ¿Qué podía hacer la juventud? el arte militar y el derecho no son ciencias de escuela; por otra parte á la jurisprudencia se la suponía cierto carácter republicano; la vida militar estaba rodeada de peligros y de fatigas, cosas que no gustaban ya á los Romanos del Imperio. Ya no habia Foro, pero existia aun aquel sentimiento del arte que hace amar las bellas palabras, y que fué inspirado por los Griegos á los Romanos; ya no se deliberaba, pero se disputaba; se habia despedido á los oradores, y se conservaban los maestros de retórica.

Por otra parte, la educacion romana habia perdido su primera moralidad; al patriotismo habia sustituido el despotismo y á la deificación de la República la del emperador. Este dios era en extremo terrible; imbuía el miedo, pero no la fe. ¿Qué enseñanza moral podia fundarse en la adoracion de un Tiberio? Así era que la instruccion no tenia ninguna importancia, y se ocupaba en los sofismas, las sutilezas y frivolidades de los Griegos.

Los antiguos tenian un fondo de dignidad pueril que algunas veces se deja traslucir. Era base de la primera educacion la mitología griega, la cual no era creída por nadie, pero todos la aprendian. Estas poéticas niñerías eran lo primero que llenaba todos los cerebros y el primer carácter con que se impresionaban las imaginaciones nacientes, tiernas como blanda cera. A esto hay que añadir que se habrian introducido curiosas investigaciones y que sin creer en Vénus ni en Hércules, se disputaba concienzudamente acerca del color de los cabellos de Vénus y del día del nacimiento de Hércules. Habia hombres llamados gramáticos, cuya ciencia consistia en esto, y á ellos se confiaba la naciente inteligencia de los niños. Cuando se trataba de elegir un preceptor, se le preguntaba el número de los caballos de Aquiles ó el nombre de la madre de Hecuba. El viejo y sombrío tirano, Tiberio, queria mucho á los gramáticos y en sus momentos de descanso les proponia cuestiones de esta naturaleza.

Desde la escuela del gramático pasaban los jóvenes á la del retórico; de la puerilidad de la religion á la puerilidad de la elocuencia. Los Griegos, que eran un pueblo locuaz, tenian una multitud de bellos habladores desde que dejaron de tener Demóstenes. Cuando se les dió entrada en Roma, fueron todos á enseñar y á abrir, como decian los viejos padres de la patria, sus escuelas de impertinencias. En aquellas escuelas se templó el espíritu sutil, infantil y disputador de los Griegos con el laborioso, grave y enfático de los Romanos, la declamacion con el sofisma. No teniendo otra cosa que hacer, se desarrolló la mania de declamar, de disputar, de exponer, de refutar, de improvisar y de responder. Á su vez gritaron tambien, sofisticaron é hicieron de abogados los nuevos sub-

ditos de Roma, los Bárbaros que se iban civilizando, los Galos, los Bretones, los Africanos y sobre todo los Españoles con sus extensos pulmones, sus fuertes pechos y su desordenada imaginación, los cuales hablaban días y noches enteras, declamando á la mesa, en los viajes y en el campo; la vida de aquellas gentes era una continua monología. Seria difícil explicar cuán pobre era su facundia. Uno, para aumentar la dificultad, pedia que le diesen la primera palabra de su discurso; le daban, por ejemplo, *verubus*, y con *verubus* principiaba. Otro proponia por tema esta pregunta: « ¿ Por qué se quiebra un vidrio si se deja caer? ¿ por qué aunque se caiga una esponja no se quiebra? »

Este era en pocas palabras su modo de proceder. Los principiantes se concretaban á discusiones oratorias; aconsejaban á Alejandro á que se contentase con la conquista de la tierra, sin conquistar el Océano; aconsejaban á Catón que no se matase y á Agamemnon que no hiciese morir á Ifigenia. Pero aquellas contiendas con los muertos eran juegos de niños; debian ir á los combates, probarse con un adversario, dar una batalla en el gran campo de la escuela. Los temas de aquellas controversias son increíbles. Ponemos á continuacion algunos de aquellos procesos, en los cuales perdónenosos que insistamos porque eran la perfeccion de la educacion, el ejercicio mas intelectual de los jóvenes y de los adultos.

Un hombre y su mujer juran no sobrevivirse uno al otro. El marido disgustado de su compañera emprende un viaje y envia á decirle que ha muerto. Ella lo cree y en cumplimiento de su palabra se arroja por la ventana. Sin embargo no muere; se cura y sabe que su marido la ha engañado. Llega el padre, y pide el divorcio, pero ella no quiere. Defender al padre, defender á la hija.

Otro ejemplo. Un hombre recoge dos niños expósitos, luego les corta un brazo ó una pierna y les hace mendigar en tal estado, enriqueciéndose con las limosnas que ellos recogen. Acusad á aquel hombre, defended á aquel hombre.

La ley (que por lo demas no era del derecho romano, ni del griego, ni de ningun otro, sino hecha por los retóricos tan fabulosa como los sucesos), la ley manda que si una jóven fuese robada, tenga la eleccion de hacer morir al raptor ó casarse con él sin dote. Un hombre robó dos mujeres; una queria que muriese y la otra casarse con él. Disputad sobre esto.

Figuráos qué elocuencia seria aquella que se ejercitaba en tales objetos; los discípulos, unos despues de otros, adornaban con frases nuevas aquel absurdo argumento, perorando y acumulando antítesis, sumergidos hasta los ojos en un mar de tropos y de figuras, llamando en su auxilio el *ethos* y el *pathos*, todas las bagatelas sonoras, todos los absurdos sentenciosos con que decir algo con razon ó por fuerza sobre un asunto acerca del cual no se debia hacer otra cosa

mas que callar; y esto en medio de los bravos y silbidos, los aplausos y los gritos; ruido de estudiantes en vez de los tumultos del Foro. Uno de aquellos retóricos se volvió loco haciendo grandes esfuerzos y devanándose el cerebro. Tenemos un libro lleno de trozos de aquellas admirables arengas, de aquellos bellos conceptos que promovian los aplausos; es el mayor repertorio de palabras vacías, de fria elocuencia, de rebuscadas antítesis; libro curioso á fuerza de faltarle el sentido comun.

Esto es lo que estudiaba la juventud ántes de entrar en el mundo. Todas las antiguas carreras estaban desacreditadas. Además, atendiendo á esta clase de educacion, parece que no debiera haber mas que una y que la sociedad debiera estar compuesta de abogados, y en la antigua Roma realmente no habia nadie que no principiase, cuál mas, cuál ménos, haciendo de abogado. Pero aun despues de haber vivido en aquel mundo de sortilegios, de encantamientos, de envenenamientos y de incestos, en medio de todas aquellas leyes imaginarias, de aquellas catástrofes milagrosas, de aquellos procesos imposibles, con la cabeza llena de tantas cosas bellas, ¡cuán desacertados debian sentirse en el tribunal del pretor, tratando de hipotecas, de corrientes de agua, ó de la cuarta falcidia!

De aquí que con frecuencia no figuraban en la abogacía los grandes maestros del arte. Un día se trataba de uno que pedia que se le recibiese juramento. El abogado contrario, retórico ilustre, sirviéndose de su arte le respondió: « Tú pides el juramento, pues bien; jura, pero » las cenizas de tu padre, á quien dejaste sin » sepultura, jura por la memoria de tu madre, » ultrajada por tí... » y lo demas. El adversario, fullero impudente, tomando al pié de la letra la figura retórica, se apresuró á decir: « Consiento en ello. » El pretor concedió que jurase. « Pero, oh juez, » replicó el abogado, conmovido al ver que tomaban el asunto formalmente; « esto no era un consentimiento, era una figura. » — Habéis dicho *jure*, y jurará. — Pero, juez, entónces no se harán figuras en el mundo. — Se puede vivir sin ellas. » El pobre abogado perdió la causa, y lleno de ira encerró su elocuencia en el recinto de una escuela, donde durante todo el día, en medio de los principiantes y lejos de la páfida realidad del tribunal, podia hacer figuras retóricas sin perjuicio suyo ni de sus clientes.

Así, pues, el estudio mas comun, no solo de la niñez, sino de todas las edades, no era aplicable á las necesidades de la vida, y Roma estaba llena de jóvenes que entraban en el mundo con la cabeza llena de aquella mentida ciencia, con la memoria atestada de sentencias, de propopeyas, de antítesis, con un soberano desprecio de las penosas realidades de la vida, como el trabajo, la industria, la guerra, y con un amor sumo á las realidades agradables, como la fortuna, la reputacion, el placer. Todos eran

ambiciosos, eran Romanos, es decir, severos en sus sentimientos, enfáticos en sus ideas. Se esforzaban por adquirir una gran fama buena ó mala y no tenian mas que un medio, la retórica y sus frases; estas de grado ó por fuerza tenian que elevarlos. Entónces no se contentaban fácilmente con una gran ganancia sino les resultaba tambien una pequeña gloria, ni con un rico estado que no hiciese ruido. Era necesario un nombre, un nombre que causase miedo ó fuese maldecido, pero que fuese un nombre, y mas tardé, aun cuando las riquezas eran el único fin que se proponian, era preciso hacerse notable. Aquel siglo tenia muchas necesidades, y aunque los patrimonios habian sido derrochados, se crearon nuevas necesidades de aquellas cosas que para nosotros hubieran sido excesos y locuras del lujo; sin centenares de esclavos, sin siete ú ocho casas de campo y lo demas á proporcion no se podia vivir, de manera que habiendo dilapidado Apicio en la mesa mas de once millones, se envenenó cuando no le quedaron mas que dos; las familias nobles eran las mas desarregladas y las que tenian mayor aficion al lujo y á la ostentacion. Aquellos patricios que en la antigua Roma habian sido los reyes del mundo, no renunciaban con facilidad al poder y á la dignidad real; en tiempo de la República, ahogado de deudas Catilina habia querido incendiar á Roma para aumentar la fortuna de su familia; y en el reinado de Tiberio un heredero de Sila, Libon, que habia venido á ménos, consultaba á los adivinos y atravesaba el corazon á unas figuras de cera, esperando llegar á ser emperador.

Ya se concibe cómo seria aquella juventud, á la cual supo dar Tiberio un empleo, conforme con su corazon, teniendo aquel falso talento, aquellas necesidades, aquella ambicion y careciendo de freno moral. No es fácil conocer el carácter de Tiberio y me parece que Tácito le supone demasiado hábil. El secreto de su vida, así como de la de todos los tiranos es, en mi concepto, el miedo. Á pesar de la profunda capacidad que le conceden, le vemos siempre indeciso, tímido, desconfiando de todo y de todos, no decidirse á nada, ni á interrogar á un prisionero, ni á dar audiencia á un embajador, destruir lo hecho y prohibir que saliesen de Roma á los que habia dado un cargo en las provincias. Pasó su juventud en empequeñecerse para no dar celos; pensó en oscurecer á los sobrinos de Augusto, y resolvió abandonar á Roma; y como Augusto se opusiere á su marcha, permanece tres días (1) sin comer; le dejan salir por compasion y no va siquiera á abrazar á su mujer ni á sus hijos, ni á despedirse de sus amigos; pero habiendo oido en el camino (y esto prueba la ambicion y el miedo que encerraba su pecho) que Augusto estaba enfermo, se detiene; sana Augusto, y él continúa su

(1) Suetonio dice que cuatro

viaje. Llega á Ródas y se hace tan despreciable que el emperador que había querido oponerse á su marcha, le condena á permanecer en aquella isla; allí vivió en compañía de los Griegos y no volvió á ponerse la toga ni á montar á caballo; abandonó el ejercicio de las armas, no recibió á ninguno de los viajeros que querían visitarle, fijó su estancia en el centro de la isla para evitarlos con mas seguridad, y finalmente suplicó á Augusto que le pusiera una guardia para que vigilase sus acciones y se asegurase de que no conspiraba.

Con esta humildad existía en él una rudeza de maneras que no podía ocultar. Pertenecía á la familia Claudia, raza severa en que era hereditaria la orgullosa aspereza aristocrática. Si no tenía la soberbia de sus abuelos, obraba tan oculta y torcidamente como ellos; sabía fingirlo todo, excepto la afabilidad y la atención. Aunque tuviese necesidad del pueblo ó de los soldados, nunca dió espectáculos á aquel, ni concedió gracias á estos; agrandar y sonreirse eran cosas superiores á su naturaleza. Manifestaba una extraordinaria docilidad cuando no era señor, y cuando llegó á serlo, tenía un carácter que nada podía contentar, ni franqueza, ni adulación, ni independencia de ánimo, ni bajeza. Mandaba matar á sus enemigos y desterrar á los aduladores. « ¡Oh miserables, nacidos para la esclavitud! » decía un día al salir del Senado aquel señor intratable que con la apariencia de sencillez y humilde conservaba rencores que no borraba el tiempo. « Compadezco al pueblo romano, decía Augusto, porque caerá en tales garras. »

Augusto en realidad había gobernado de un modo muy distinto. Á fuerza de hacer favores, de afabilidad, de auxilios á las grandes familias, de gracia al pueblo, de juegos, de espectáculos, de fiestas, de monumentos, había conseguido conciliar tantos intereses y provocar un reposo dulce para el mundo, cansado de las guerras civiles. Cuando murió seguía aun este sistema é hizo al pueblo romano legados que no fueron pagados por Tiberio.

Estas memorias incomodaban á Tiberio, porque no era propio de su carácter mostrarse dádivo y liberal, y aun todo parecía ir en contra suya. Las legiones tratadas con dureza por Augusto, pues había guardado para ellas toda su severidad, se rebelaron, pidiendo dinero y privilegios, y pretendiendo crear un emperador, y como Germánico se negara á serlo, estuvieron á punto de asesinarle. El Senado estaba lleno de ambiciones aristocráticas profundas y concentradas. El mundo, en fin, había descansado tambien y por largo tiempo de las guerras civiles, que podía principiar á convertirse el reposo en fastidio. Tiberio tenía miedo y expresaba su temor con una metáfora mas bella que noble: « Tengo al lobo agarrado por las orejas. »

Entonces, como al principio, su gran recurso fué el de empequeñecerse. Despues de haber

rogado con insistencia no le obligasen á ser César, pareció empeñarse en serlo mientras pudiese. El Senado le causaba recelos y fingió someter á su deliberacion todas sus acciones, enviándole todos los negocios, consultándole respecto de todo, animándole á la libertad, hablando (pero sin que nadie le creyese) de restablecer la antigua República, llamando sus señores á los senadores, dando la mano á los cónsules, rehusando los honores, no queriendo ser señor ni dios, y sosteniendo respetuosamente el orden, la justicia, la tranquilidad pública; era, en una palabra, un simple prefecto de policía bajo el gobierno del Senado. Para atraerse el favor del pueblo pronunciaba á cada paso el nombre de Augusto, citaba sus palabras, adoraba su memoria, imitaba sus acciones: sin embargo, no pretendía, como aquel, regenerar las antiguas costumbres romanas; y cuando algun atrevido senador pobre ó viejo proponía leyes contra el lujo, las aprobaba en teoría y las modificaba en la práctica. Alivió las provincias disminuyendo las cargas, y vigilando á los prefectos no se cuidó del ejército; las legiones estaban lejos separadas á Oriente y Occidente, y divididas por desiertos unas de otras, y en consecuencia no le causaban recelo.

No sé cuál fué la razón de que no reinase largo tiempo; acaso porque no le aterraba solo el pueblo, las provincias y el ejército, sino mas que todos su sucesor. El sucesor de Tiberio fué siempre su enemigo, y en cambio el amigo y el ídolo del pueblo. Hacia poco que había muerto Augusto cuando su sobrino Agripa fué asesinado en la prision; el nuevo emperador protestó no haber tenido parte en aquella muerte y no se volvió á hablar mas de ella. Pero despues de Agripa apareció otro rival, Germánico, sobrino de Tiberio, á quien había adoptado de mala voluntad. Hemos dicho que los soldados quisieron nombrarle César, y Tiberio tuvo tanto miedo de que así sucediese, que al principio de su reinado se fingió enfermo, para que Germánico esperase con mas paciencia la sucesion.

No continuaré esta historia con todas sus particularidades; por las admirables memorias de Tácito sabemos lo que sucedió á Germánico. Por fortuna para Tiberio, murió cuando su popularidad se iba haciendo peligrosa, cuando siendo querido de los soldados y del pueblo hacia un viaje triunfal por las provincias y había obtenido el favor del Oriente. El pueblo que, como todos, tenía la íntima convicción de su debilidad, perdió el ánimo con la muerte de aquel hombre. Era amigo de la libertad; era, como Marcelo y el primer Druso, un mártir del noble é imposible proyecto de restablecer la República. El pueblo, fuera de sí á causa del dolor, que conocía á Tiberio á través de su disimulo y presentía lo que había de llegar á ser, libre del respetuoso temor que le infundía su sobrino, pasaba las noches gritando: « ¡Vuélvanos á Germánico! »

Muerto este, Roma deseaba tener otro ídolo y que Tiberio tuviese otra pesadilla. Entonces el presunto sucesor era Druso, hijo de Tiberio, á quien el pueblo por los bellos espectáculos que le ofrecía hubiera perdonado con gusto las inclinaciones sanguinarias que principiaba á manifestar; pero Druso no se cuidaba de representar el papel de Germánico y vivía en medio de los placeres.

Mas no tuvo mejor suerte. Un hombre de la clase média, de infames costumbres, pero atrevido, vigoroso de espíritu y de cuerpo, dispuesto á todo, llegó á ser el favorito de Tiberio, no adulándole, porque Tiberio no era hombre que se dejaba seducir, sino haciéndole buenos y útiles, aunque poco honrados servicios. La ambicion romana se dirigía en derechura al último fin. Seyano había pensado acaso desde entonces en llegar á César, y del mismo modo que Tiberio había alcanzado el trono con la muerte de tres ó cuatro herederos, Seyano recurrió tambien al mismo recurso para quitar de en medio á Druso, primer obstáculo que se presentaba entre el trono y él.

No son necesarias largas explicaciones para hacer comprender á aquella terrible familia imperial. Seyano no tuvo que hacer mas que seducir á Livila (lo cual ciertamente no era difícil), mujer de Druso, y este fué envenenado. Tiberio sufrió aquella desgracia como un estóico; él fué quien consoló al Senado, recordó á cada uno sus deberes, antepuso á su dolor el cuidado del Estado; habló de nuevo de restablecer la República (¿era esto deseo de popularidad ó simple costumbre?), de dar nueva fuerza á las leyes y de ceder el gobierno á los cónsules. Despues llevó al Senado como futuros herederos del trono á los hijos de Germánico. Aquellos niños presentados á los padres de la patria en medio de las lágrimas de todos y de los repetidos votos por su felicidad, se hicieron objeto del favor del pueblo, que en breve se olvidó de Druso, de los temores de Tiberio y del odio de Seyano.

En aquella época en que había tan pocos poderosos, era aun un poder la familia de Germánico. Agripina, madre de aquellos niños, verdadera matrona romana, casta, severa, orguñosa y fecunda; que inspiraba al pueblo admiracion y amor por medio de sus virtudes impropias de su tiempo, pero que el orgullo romano se complacía en encontrar como tipos de su antigua grandeza; que por la fidelidad en su viudez, por la orgullosa pureza de su conducta y por el número de sus hijos se distinguía de las demas mujeres de la familia de los césares; que conservaba con antiguo cuidado los recuerdos del pueblo respecto de su marido, Agripina era la verdadera protectora y la fuerza política de los seis hijos de Germánico, sobre todo de los dos mayores Druso y Neron.

El pueblo miraba con esperanza aquella casa adonde estaba á punto de pasar la corona desde la cabeza de un príncipe que empezaba á envencer. El ejército que despreciaba el genio poco

belicoso de Tiberio, nada hubiera deseado mas que proclamar emperador al hijo de su general. La antigua nobleza, los hombres célebres, siempre mal vistos y peligrosos en tiempo de Tiberio, los generales separados del ejército y los compañeros de armas de Germánico, gente temida y sospechosa á un príncipe que desconfiaba de cualquiera que se levantase sobre la medianía, se unian al rededor de Agripina y de sus hijos.

Seyano puso en juego sus astucias é intrigas contra aquel poder demasiado confiado en sí mismo. Agripina se perdió por su orgullo y su franqueza en hablar, pues dejó traslucir las sospechas que la habían inspirado contra Tiberio. El joven Neron, favorito del pueblo y de su madre, inconsecuente y ligero, se entregó enteramente á unos amigos que no eran sino espías, otros de los cuales exacerbaban contra él los celos de su hermano. Se dejó arrastrar por sus provocaciones, hasta proferir imprudentes invectivas, que eran referidas á su hermano palabra por palabra. En aquel tiempo había espías en todas partes y tambien entre la amable familia de Tiberio. Por medio de la mujer de Neron, hija de su amiga Livila (véase como era hereditaria la virtud en aquellas mujeres), Seyano no ignoraba una palabra, un lamento, un suspiro ni un sueño de aquel joven. Poco á poco iba desapareciendo esta ilustre casa; los antiguos amigos de Germánico, espías, denunciados, acusados y muertos, dejaban sin defensa á la imprudente familia de su patrono.

Así es que pronto se desarrolló en ella el temor y la confusion que siempre le sigue. Neron no encontraba ya á nadie que quisiese hablarle; cuando le veían volvían la cabeza, los amigos de Seyano le habían convertido en un objeto de burla. Agripina, cuya única gloria consistía en haber sido *univira* como las antiguas Romanas, un día en una especie de delirio se presentó á Tiberio (1), y poniéndose de rodillas delante de él, le pidió que la permitiese volverse á casar. Había quien aconsejaba que se fuesen al Foro y abrazasen la estatua de Augusto; que invocasen el auxilio del pueblo contra esta guerra dura é irresistible que les hacían los delatores, ó bien que huyesen á Alemania, se presentasen á las legiones y se pusiesen bajo la proteccion de las águilas del pretorio. Y ellos cometieron el doble error de dar oídos á estos consejos y de no ponerlos en práctica.

Tiberio maquinaba una gran empresa; pero tenía miedo. Acudió á su acostumbrada astucia, hizo como que nada sabía y salió de Roma cas sin acompañamiento, solo con sus amigos gramáticos, sin admitir á su tránsito ni arengas ni felicitaciones. Los astrólogos, potentísimos en aquel siglo, predijeron que ya no volvería. Finjiéndose entonces el buen hombre, admirador

(1) Tácito, (IV, 52) dice: « At Agripina... morbo corporis implicata, cum viseret eam Cæsar. »